

LIMINAR PARA UN TRABAJO MIRANDINO

Por MARIO BRICEÑO PEROZO

Los viejos y estrechos lazos que han unido a Santo Domingo y Venezuela han hecho, sin duda, que los varones de entrambas partes se sientan como propios en una u otra. A Francisco de Miranda, *El Precursor*, y a Simón Bolívar, *El Libertador*, se les quiere y admira en la tierra dominicana con el mismo fervor que en el terrón venezolano. Y asimismo, Juan Pablo Duarte, el egregio patricio de aquella isla, es para nosotros como un paladín más de la epopeya venezolana.

Duarte, el padre de la patria dominicana, nació en suelo quisquevano (1813), pero murió en su lar caraqueño (1876). La cuna y el sepulcro del insigne luchador unen eternamente a Santo Domingo y a Venezuela.

En el pasado siglo y también a lo largo de varias décadas del actual, el ideal de libertad conjugó voluntades, no era ya la causa de la emancipación para librar-nos del poder español, era algo interno, tan ominoso como aquel yugo, la acción de los déspotas convertidos en dueños y señores del pueblo; el tirano dominicano o venezolano que pisoteaba la constitución y atentaba a diario contra las garantías ciudadanas.

En esas épocas cruciales Santo Domingo abrió siempre los brazos para albergar venezolanos aventados al exilio; y Venezuela, en su oportunidad, estuvo a la recíproca. Menos mal que las dictaduras son regímenes que pasan, no son modalidades políticas eviternas, como sí lo es la nación, la comunidad popular. Del régulo omnipotente no queda sino la sombra tinta en sangre. Su memoria se trae a cuento sólo para maldecirla.

En cambio, el combatiente republicano, el patriota, el demócrata, el pastor de pueblos, a esos sí que no se les olvida, están vigentes en el alma de las masas, y cada vez que se evoca su nombre y se cita su obra, las voces y las manos se alzan en el horizonte para bendecirlos.

Esto que decimos es la expresión sincera de lo que llevamos por dentro y que aflora cada vez que la suerte nos coloca en la situación —muy grata por cierto— de rememorar la amistad y vinculación venezolano-dominicana.

Esa relación tiene raíces muy profundas. Se remonta a la época de la colonia. Para nuestros jurisconsultos era un honor decir que se habían doctorado en la Universidad dominicana y que eran abogados de la Real Audiencia de aquel país. Uno

de éstos, don Cristóbal Mendoza (1773-1829), condiscípulo de José Núñez de Cáceres (1772-1846), fue de los patricios que dieron forma a la República en 1811 y su primer Presidente. Por su parte, el abogado Núñez de Cáceres será, en 1821, el primer motor de la revolución dominicana y el jefe de su Estado Libre.

Parece que aquella ilustre Universidad de Santo Tomás de Aquino, no solamente hacía doctos a sus graduandos en la ciencia de los códigos, sino que también, y en gran manera, los llenaba de luces para abrirles caminos a las multitudes sedientas de libertad y de justicia, de dignidad y de amor.

De Venezuela pasaron a Santo Domingo las ideas de independencia que aquí se levantaban como consignas para la lucha sin cuartel. Hasta en los navíos que salían de puertos venezolanos cargados de prisioneros para las cárceles hispanas, viajaban proclamas y panfletos que a su paso se quedaban en tierra dominicana, como semillas que algún día habrían de reventar en el surco propicio. Se asienta que, por 1817, barcos de bandera española con presos de Venezuela, llevaron a la Isla los escritos del abate Dominique de Fourt de Pratt (1759-1837), que trataban de la emancipación y división de las colonias en unos 15 ó 17 Estados. Ideas que, expuestas con el brillo y la enjundia del ilustre prelado francés, despertaban ansias de libertad entre los colonos. Bolívar, en su *Carta de Jamaica* (6 de septiembre de 1815), no comparte totalmente esas ideas, toda vez que de Pratt sugería para los Estados libres americanos, monarcas como gobernantes.

Los dos grandes que plantaron en tierra dominicana el árbol de la libertad, estuvieron estrechamente vinculados con Venezuela, José Núñez de Cáceres, el precursor, vivió varios años en Caracas, fue asesor político de Páez, y Juan Pablo Duarte, el libertador, que como antes consignamos, dejó aquí sus cenizas. Nosotros, por encargo de la Academia Nacional de la Historia, ubicamos la casa de donde salió el entierro de Duarte y otros datos que constan en informe rendido a la ANH, el 13 de octubre de 1966.

No es de extrañar que, un historiador y jurista dominicano, como el Dr. Manuel de Jesús Goico Castro, se declare admirador obsecuente de Venezuela y proclame sus hondas simpatías por sus varones preclaros. De ahí su trabajo: *Francisco de Miranda, el más erudito y arrogante de los próceres de América*.

En pocas, pero vibrantes páginas, el Dr. Goico hace el elogio de Miranda, a quien coloca en el primer puesto en la nómina de los adalides de América en el campo de la ilustración. Seguro que el venezolano universal fue un sabio, un humanista, además de guerrero y animador de la conspiración contra el dominio de la monarquía de los Borbones en tierras del nuevo continente.

Lo único que deploramos en el trabajo de Goico Castro es la relevancia que da en la vida y en las ejecutorias del General Miranda, a la afición de éste por el culto de Venus. La pasión romántica, la aventura, las mujeres, estuvieron en Miranda como en otro cualquiera de los apuestos caballeros de su época; gentiles hombres dados a conquistar el lauro en el campo de batalla y el corazón de la dama en las lides del amor. Bolívar también juntó a su haz de laureles, un haz de corazones femeninos.

Pero ni en Miranda ni en Bolívar encarnaron el Don Juan o el Casanova de la leyenda. En estos hay egoísmo y soledad y el designio irrevocable de seducir para deshonorar. Son enfermos sexuales que ocultan sus complejos en la fanfarronería. Seres ayunos de ideales. Hombres que la realidad los estrangula presentándolos al final de la escena, como lo que son: tipos sin fuerza, sin virilidad. En cambio, en aquéllos —Miranda y Bolívar— el amor y la mujer no son pretextos para engañar, para burlar, para ofender y solazarse con el engaño, la burla y la injuria. El amor en ellos es una explosión de sinceridad, de belleza, de energía incontenible, de ideal caballeresco; los dictados de un gran corazón.

Don Juan nació con Tirso de Molina en el siglo XVII y ha vivido en dramas, poemas y novelas a través de los años, unos le han dado el aditamento de Mañana, otros el de Tenorio. Un personaje irremisiblemente envejecido, imbele. Giacomo Girolamo Casanova existió en el siglo XVIII, se cuenta que nació en 1725 y que murió en 1798. Un vanidoso que se autodenominó: *Chevalier de Seingalt*. Actuó como espía. Se creía en posesión del arte de seducir a las mujeres. Prototipo de infidelidad. Sus *Memorias* han sido fuente, también, para dramas, poemas y novelas. Casanova es un conquistador que vacila, que es vencido y que termina inmerso en la amargura, como un simple bibliotecario en un castillo de Bohemia.

El símil de Miranda y de Bolívar es más exacto con el Quijote. En Alonso de Quijano hay nobleza, sapiencia, idealismo, valentía. La pasión de hacer mejor el mundo. El sueño en la ínsula distante, donde impere el derecho y la justicia, el orden y la paz. En donde se exalte la virtud. En donde el gobierno sólo sea para los capaces y los dignos.

Bolívar y Miranda, andantes caballeros de la libertad y de la gloria.

La fama de mujeriego de Miranda le concitó la enemiga de unas graves *madames* de USA, pertenecientes al partido “Hijas de la Revolución”, quienes, en cierta oportunidad, se opusieron a que al héroe venezolano se le erigiese, en suelo usense, un monumento.

Miranda es figura de múltiples facetas, varias de las cuales podría destacar con señorío el escritor, abogado e historiador Goico Castro. Tal es el Miranda constitucionalista; el Miranda defensor —con el enciclopedista Condorcet— de la igualdad jurídica de la mujer; el Miranda periodista; el Miranda sugeridor de reformas penales y mercantiles; el Miranda humanista; el Miranda héroe de entrambos mundos; el Miranda internacionalista, etc.

Sabemos que Goico Castro ha derivado su admiración por el Precursor, del conocimiento adquirido en el *Archivo del General*, publicado entre 1929 y 1950, 24 tomos; y en las notables biografías que le consagraron José María de Rojas, William Spencer Robertson, Ricardo Becerra, Caracciolo Parra Pérez, Ricardo Carrasco, Olga Briceño, José Nucete-Sardi, Mariano Picón Salas, Manuel Galvez, Carlos Alberto Pueyrredón, Emilio Rodríguez Mendoza, Jorge Ricardo Vejarano, Angel Grisanti, Diego Córdoba, Láutico García, Lucila Luciani de Pérez Díaz, Alfonso Rumazo González, Josefina Rodríguez de Alonso y otros. Miranda es un filón inagotable para quien se adentre en su estudio. La literatura mirandina crece

cada vez más en todos los idiomas. Ultimamente se han incorporado el sueco, el rumano y el ruso.

Nosotros aplaudimos la labor de difusión de la vida y obra de los héroes que realiza en la República Dominicana el Dr. Goico Castro. Es una labor cívica de encomiables alcances. Hace poco leímos *Apología de José Martí*, opúsculo dedicado al apóstol de Cuba, con motivo del 127º aniversario de su nacimiento.

Además, en el haber bibliográfico de Goico Castro, aparece una variada gama de trabajos sobre cuestiones jurídicas, biografía, letras, historia y periodismo, desde 1946 hasta nuestros días; y reserva para el futuro una serie de libros inéditos.

En Santo Domingo, el Dr. Manuel de Jesús Goico Castro cumple importantes funciones como catedrático de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, como miembro activo del club rotario Bella Vista y como Individuo de Número de la Academia Dominicana de la Historia. En esta última institución —hermana de la nuestra, la Academia Nacional de la Historia— hay nombres ya familiares en Venezuela, como son: Emilio Rodríguez Demorizi, Carlos Larrazábal Blanco, Pedro Troncoso Sánchez, Vetilio Alfau Durán, Julio Genaro Campillo Pérez, Francisco Elpidio Beras y Frank Moya Pons. Todos en plenitud creadora bajo el signo luminoso de Clío.

Caracas, 7 de abril de 1980.